



(Memorias de John Ranbet)

POR

JULIÁN J. BERNAT

(Continuación).

Pintar el furor de Meyer al verse encerrado por su enemigo, es cosa punto menos que imposible. Rápido como un rayo se arrojó á la puerta; pero ya Sherlock Holmes había cerrado. La puerta era sólida y por más que Meyer intentó echarla abajo, no pudo conseguirla. Pero no era hombre de ahogarse en poca agua.

Se dirigió rápidamente hacia la ventana y se descolgó por ella, pero apenas había puesto los pies en el suelo cuando se sintió sujetado por dos manos de fuerza hercúlea y, al mismo tiempo que recibía un puñetazo que le dejó medio atontado, oyó la burlona voz de Sherlock Holmes que repetía:

—Hasta mañana, amigo Meyer.

Poco duró el atontamiento de Meyer, apenas un minuto, pero cuando se repuso y buscó á Sherlock Holmes, éste había desaparecido.

No perdió tiempo en buscárselo por el jardín y se dirigió apresuradamente al cuarto de Sabina, al pie de cuya puerta encontró a Guillermo profundamente dormido.

Trató de despertarlo, pero le fue imposible. En vista de lo infructuoso del empeño, se dirigió en busca de Murray y de Pearcey, quienes encontró en el mismo estado.

No tardó en comprender que los tres eran víctimas de un narcótico y que ese narcótico les había sido suministrado por Sherlock Holmes.

Los abandonó, des-

butes de cerciorarse que Sabina estaba en su cuarto y salió de la quinta en persecución de Sherlock Holmes.

Media hora después volvió con el semblante muy alegre y tropezó al entrar con Murray y con Pearcey, que acababan de volver en sí de su letargo.

Dirigíronse los tres en busca de Guillermo, quien volvía en sí en aquel momento.

Los vio Meyer al corriente de lo que acababa de ocurrir, de lo que los tres se sombraron grandemente, y les explicó lo que pensaba hacer para derrotar á Sherlock Holmes.

Después de exponerles detenidamente su plan, salió de la quinta, dejándolos encarcelados de la custodia de Sabina y con insinuaciones precisas para todo lo que pudiera ocurrirles.



Hasta aquí llegaban las memorias de John Ranbet, y aquí nos veríamos obligados á dar fin á la novela; pero, gracias á la amabilidad de Ranbet, podemos terminarla, aunque suprimiendo muchos detalles que aquél se negó á suministrarnos.

Fuimos á visitarlo y se prestó gustoso á contestar á nuestras preguntas.

—¿Qué hizo Meyer al salir de la quinta? —le preguntamos.

—Se puso á seguir las huellas de Sherlock Holmes con intención de no perderlo de vista. En esa persecución puso Meyer sus cinco sentidos, pues conocía la fuerza inventiva y los innumerables recursos de

su enemigo. Pero Holmes, que sabía con quien tenía que habérselas, no se durmió en las pajas y, gracias á una sencilla maniobra, de perseguido se convirtió desde el primer momento en perseguidor. Meyer creía seguir á Sherlock Holmes, cuando, en rigor, era éste quien le seguía á él. Todo el día siguiente transcurrió en esta persecución, hasta que Sherlock Holmes me envió á la redacción la tarjeta de que hablo al principio de mis memorias, rogándome tomar el tren para Olivos á una hora determinada. Si bien Sherlock no me ha contado nunca los detalles de aquella persecución, por palabras sueltas que he podido sacarle en diversas ocasiones, he llegado á la conclusión de que al anochecer se puso resueltamente á perseguir á Meyer, con ánimos de apoderarse de él y entregarlo á la policía.

Meyer, cuyo ánimo debió flaquear, se sintió tal vez acobardado al verse perseguido de aquel modo por el mismo á quien él creía perseguir, tuvo miedo y trató de ponerse en salvo tomando un tren para Olivos, pero fué seguido por Sherlock. A fin de despistar á su perseguidor, Meyer se bajó en la estación Saavedra y echó á andar por el campo en dirección á Vicente López. Como notara que era seguido, se dirigió á la vía y por ella siguió hasta que Sherlock le dió alcance, y se trabó entre ellos una lucha titánica. Estaban en lo más reñido de ella cuando se aproximó un tren, el tren en que yo iba.

Sherlock Holmes lanzó aquel grito te-